

Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes en el Monte del Gozo

SALUDOS A LOS JOVENES

1.1. Queridos jóvenes: os saludo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo: «el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida*». A vosotros, que habéis venido de todos los pueblos de España y de las diferentes naciones de América Latina, así como de tantos países del mundo, os doy las gracias por haber aceptado mi invitación a hacer juntos esta peregrinación, este camino hacia la tumba del Apóstol Santiago.

Saludo ahora a los jóvenes de toda Galicia y, en especial, a los de la Archidiócesis de Santiago. Vosotros tenéis la suerte de ofrecer casa y hospitalidad a los peregrinos que llegan a vuestra tierra, tierra privilegiada por albergar una meta de un Camino que lleva a la Alegría, al Gozo, a Jesucristo. Deseo saludar ahora en algunas lenguas representadas aquí por jóvenes peregrinos: Os saludo a todos vosotros, jóvenes de lengua italiana: deseo que esta peregrinación os sirva para reforzar el camino de vuestra fe y para consolidar vuestra alegría de seguir y de amar a Cristo en todas las sendas de vuestra vida.

Saludo de todo corazón a los jóvenes de lengua francesa y los felicito por haber respondido en tan gran número a mi invitación. Queridos jóvenes: sed bienvenidos a este reencuentro extraordinario tan deseado por mí. ¡Que la alegría y la paz de Cristo estén siempre con vosotros! Mi cordial saludo también se dirige a los numerosos peregrinos de habla inglesa que están con nosotros en esta feliz ocasión. Queridos jóvenes: Habéis venido a Santiago de Compostela, siguiendo las huellas de los peregrinos cristianos de muy diferentes tiempos y lugares. Aquí, ante la tumba del Apóstol Santiago, renovad vuestra fe católica que ha llegado a nosotros desde los apóstoles. En unión con toda la Iglesia, os invito a seguir con generosidad a Jesucristo; él solo es el «Camino, la Verdad y la Vida».

Mi cordial saludo se dirige también a vosotros, jóvenes

de los países de lengua alemana. En el evangelio Jesús nos invita a seguir su palabra y su ejemplo. Tomad las palabras de Jesús, no como una carga, sino como ánimo para una madurez humana y cristiana. ¡Tened valor para una entrega servicial de vosotros mismos! De este modo encontráis vuestro verdadero ser, que no está hecho de «Tener», y os experimentaréis como un rico regalo.

¡Sed bienvenidos, igualmente, jóvenes de habla portuguesa, ampliamente representados aquí por los chicos y chicas de la nación vecina: Portugal! A todos, con viva simpatía y afecto, os repito una pregunta que ya hice hace tiempo en Lisboa: ¿sois bien conscientes de ser los «aliados naturales de Cristo» para evangelizar? Que de este encuentro saquéis una certidumbre más viva y operante de que sois testigos de Cristo, nuestra vida, paz y alegría.

Os saludo cordialmente, jóvenes polacos, venidos desde Polonia y de los ambientes polacos en el extranjero hasta Santiago de Compostela, para la Jornada Mundial de la Juventud del año del Señor 1989, siguiendo la antiquísima ruta de los peregrinos.

Expreso mi profunda alegría por el hecho de que en este lugar, vinculado a la memoria de Santiago, apóstol y mártir, queréis rezar juntos con el Papa y ratificaros en vuestra vocación, cuyo modelo es Cristo mismo, nuestro camino, verdad y vida.

Saludo también cordialmente a todos los jóvenes croatas. Que Cristo sea siempre para vosotros, para vuestros coetáneos y para todo vuestro pueblo «Camino, Verdad y Vida».

De corazón imparto a todos mi Bendición Apostólica. Saludo también cordialmente a todos los jóvenes de Eslovenia. Que Cristo sea siempre vosotros y para todos vuestros coetáneos «Camino, Verdad y Vida».

Que os acompañe por doquier mi Bendición Apostólica.

¡Alabado sea Jesucristo!

Deseo saludar a todos los jóvenes japoneses venidos aquí desde Extremo Oriente, para participar en la Jornada Mundial de la Juventud, en este encuentro de las esperanzas juveniles. Os deseo que, unidos en Cristo, con la ayuda de la Virgen y junto con todos los jóvenes del mundo, podáis construir un mundo nuevo.

¡Alabado sea Jesucristo!

Saludo a los chicos y chicas del Vietnán. A todos vosotros que habéis venido de tan lejos, os deseo que, habiendo comprendido la misión del laico en la Iglesia, vayáis a testimoniarla por el mundo con el nombre de Jesús: El es el camino, la verdad y la vida.

Con vosotros, que os habéis congregado aquí en gran número, tengo muy presentes, porque se han unido espiritualmente a nosotros, a tantos jóvenes y tantas jóvenes de todo el mundo, que han comunicado su cercanía y adhesión a esta *Jornada*.

También doy las gracias a los Cardenales y Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y a todos los fieles laicos que os han acompañado en esta esta ruta jacobea.

I. EL CAMINO

Camino de conversión

El camino. Esta es la palabra que mejor expresa la característica de este *Encuentro Mundial de la Juventud*.

Os habéis puesto en marcha desde todos los países de Europa, desde todos los continentes. Algunos habéis venido a pie, como los antiguos peregrinos; otros en bicicleta, en barco, en autobús, en avión... Habéis venido para redescubrir aquí, en Santiago, las raíces de nuestra fe, para comprometeros, con corazón generoso, en la «nueva evangelización», en el umbral ya del tercer milenio.

Durante siglos, innumerables peregrinos nos han precedido en el camino de Santiago. Al comienzo del primer cuadro de esta representación escénica hemos visto a los peregrinos con los símbolos característicos y tradicionales de la «ruta jacobea»: el sombrero, el bastón, la concha y la calabaza. Cuando volváis a vuestros países —en vuestras casas y ambientes de estudio— estos símbolos os harán recordar el encuentro de esta noche y sobre todo su significado.

Para nosotros, igual que para los peregrinos que nos han precedido en épocas pasadas, *este camino expresa un profundo espíritu de conversión*. Un deseo de volver a Dios. Un camino de purificación y de penitencia, de renovación y de reconciliación.

Por esto, para todos nosotros, como para los peregrinos que nos han precedido, es muy importante terminarlo con un encuentro con el Señor, a través de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Sé que muchos de vosotros los habéis recibido a lo largo de estos días. «La purifi-

cación del corazón y la conversión al Padre del cielo son —como han escrito en su Carta Pastoral los Obispos de la diócesis de la ruta jacobea— inspiración y motivo fundamentales del Camino de Santiago» (n. 57).

Camino de búsqueda

1.2. Vamos a reflexionar sobre el significado de la palabra «camino», para que esta conversión del corazón y el encuentro con el Señor, que estamos viviendo, den sentido a nuestra vida.

La palabra «camino» está muy relacionada con la idea de «búsqueda». Este aspecto ha sido resaltado en la representación que estamos viendo.

¿*Que buscáis peregrinos?*, ha preguntado la Encrucijada de los caminos. Esta encrucijada representa la pregunta que el hombre se hace sobre el sentido de la vida, sobre la meta que quiere alcanzar, sobre la razón de su comportamiento.

Hemos visto representadas, de forma muy expresiva, algunas de las cosas que frecuentemente muchos hombres se ponen como meta de su vida y de su acción: *el dinero, el éxito, el egoísmo, el bienestar**. Pero los jóvenes peregrinos del escenario han visto que a la larga esto no satisface al hombre. Estas cosas no pueden llenar el corazón humano.

Es Dios quien nos busca

1.3. ¿*Qué buscáis, peregrinos?* Esta pregunta nos la tenemos que hacer todos aquí. Sobre todo vosotros, queridos jóvenes, que tenéis ahora la vida por delante. Os invito a decidir de forma definitiva la dirección de vuestro camino. Con las mismas palabras de Cristo, os pregunto: «¿*Qué buscáis?*» (Jn 1.38). ¿*Buscáis a Dios?*

La tradición espiritual del cristianismo no sólo subraya la impotencia de nuestra búsqueda de Dios. Resalta algo todavía más importante: *es Dios quien nos busca*. El nos sale al encuentro.

Nuestro camino de Compostela significa querer dar una respuesta a nuestras necesidades, a nuestros interrogantes, a nuestra «búsqueda» y también salir al encuentro de Dios que nos busca con un amor tan grande que difícilmente lo gramos entender.

Jesucristo: Lugar de encuentro con Dios

1.4. Este encuentro con Dios se realiza en Jesucristo. Es en El, que ha dado la vida por nosotros, en su humanidad, donde experimentamos el amor que Dios nos tiene. «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Y, al igual que Jesús llamó a Santiago y a los otros apóstoles, también nos llama a cada uno de nosotros. Cada uno

de nosotros, aquí, en Santiago, tiene que entender y creer: «Dios me llama, Dios me envía.» Desde la eternidad Dios ha pensado en nosotros y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles. El nos llama y su llamada se realiza a través de la persona de Jesucristo, que nos dice, como ha dicho a los apóstoles: «Ven y sígueme.» ¡El es el Camino que nos conduce al Padre!

Pero hay que reconocer que nosotros no tenemos ni la fuerza, ni la constancia, ni la pureza de corazón suficiente para seguir a Dios con toda nuestra vida y con todo nuestro corazón. Pidámosle a María, Ella que ha sido la primera en seguir el camino de su Hijo, que interceda por nosotros.

Jesús desea acompañarnos, como acompañó a los discípulos en el camino de Emaús. El nos indica la dirección del camino a seguir. El nos da la fuerza. Al volver a casa, al igual que los discípulos del relato evangélico, podremos decir que nuestro corazón ardía cuando nos hablaba en el camino y que le hemos reconocido al partir el pan (cf. *Lc* 24, 22.25). Será el momento de presentarnos a nuestros hermanos, sobre todo a los demás jóvenes, como testigos. ¡Sí! ¡Testigos del amor de Dios y de su esperanza de salvación!

II. LA VERDAD

¿Dónde está la verdad?

2.1. «Buscamos la verdad.» Es preciso que estas palabras del último canto resuenen en nuestros corazones porque contienen el sentido más profundo del Camino de Santiago: *buscar la verdad y proclamarla. ¿Dónde está la verdad? ¿Qué es la verdad?* (*Jn* 18,38). Antes que vosotros, alguien planteó esta misma pregunta a Jesús.

A lo largo de la representación escénica, hemos sido testigos de *tres respuestas* que el mundo da a estas cuestiones. *La primera: poner toda nuestra alma en la satisfacción inmediata de nuestros sentidos*, buscar continuamente los placeres de la vida. A esto, los peregrinos han respondido: «Nos hemos divertido, pero... seguimos caminando en el vacío.»

A la segunda respuesta, la de los violentos que centran su interés en el poder y en el dominio sobre los otros, los peregrinos del segundo cuadro no la han juzgado buena. Esta respuesta conduce no solamente a la destrucción de la dignidad del otro —hermano o hermana—, sino también a la destrucción de sí mismo. Algunas experiencias de este siglo, que todavía continúan en nuestros días, demuestran con total evidencia dónde se acaba cuando se fija como objetivo el poder y la supremacía sobre los otros.

La tercera respuesta, la de los toxicómanos, consiste en buscar la liberación y la expansión de la evasión de lo real. Es la triste experiencia hecha por tanta gente, y por muchos jóvenes de vuestra edad, que se han metido en este camino o en otros similares. En vez de conducirlos hacia la libertad, estos caminos les llevan a la esclavitud, incluso a la *autodestrucción*.

La verdad y la mentira

2.2. Estoy convencido de que, como casi todos los jóvenes de hoy, estáis preocupados por *la polución del aire y del mar*, y que la cuestión de la ecología os llega al alma. Os impresiona el mal uso de los bienes de la tierra y *la progresiva destrucción del medio ambiente*. Y tenéis razón. Es necesario emprender una acción coordinada y responsable antes de que nuestro planeta sufra daños irreversibles. Pero existe también, queridos jóvenes, *una polución de las ideas y de las costumbres* que puede conducir a *la destrucción del hombre*. *Esta polución es el pecado* de donde nace la mentira.

La verdad y la mentira. Hay que reconocer que muchas veces la mentira se nos presenta con los rasgos de la verdad. Es necesario también practicar el discernimiento para reconocer a la verdad, la Palabra que viene de Dios, y rechazar las tentaciones que vienen del «Padre de la mentira». Quiero hablar del pecado que consiste en negar a Dios, en rechazar la luz. Como dice el evangelio de Juan, «la luz verdadera» estaba en el mundo: el Verbo «por quien el mundo había sido hecho, pero el mundo no lo reconoció» (cf. *Jn* 1, 9-10).

La mentira: Rechazo radical de Cristo-Verdad

2.3. «En la raíz del pecado humano está la mentira como radical rechazo de la verdad contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y, a la vez, el amor de Dios Padre, «creador del cielo y de la tierra» (*Dominum et vivificatem*, n. 33)

«*La verdad que está en el Verbo del Padre.*» He aquí lo que queremos decir cuando reconocemos a Cristo como la Verdad. *¿Que es la verdad?*, le preguntó Pilato. La tragedia de Pilato está en que la Verdad estaba ante él en la persona de Jesucristo sin que fuera capaz de reconocerla.

Queridos jóvenes, esta tragedia no debe volver a repetirse en nuestra vida. Cristo es el centro de la fe cristiana, la fe que la Iglesia proclama en la actualidad, como siempre lo ha hecho, a todos los hombres y mujeres: Dios se ha hecho hombre. «El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn* 1, 14). Los ojos de la fe ven en Jesucristo cómo puede ser el hombre y cómo Dios quiere que sea. Y, al mismo tiempo, Jesús nos revela el amor del Padre.

La verdad: Exigencia más profunda del espíritu humano

2.4. Como he escrito ya en el Mensaje para esta Jornada Mundial de la Juventud, *la verdad es la exigencia más profunda del espíritu humano*. Ante todo, debéis tener sed de la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre la vida y sobre el mundo. *Ahora bien: la verdad es Jesucristo*. ¡Amad la Verdad! ¡Vivid en la Verdad!, ¡llevad la Verdad al mundo! ¡Sed testigos de la Verdad! Jesús es la Verdad que sal-

va; es la Verdad total hacia la que nos guiará el Espíritu de la Verdad (cf. Jn 16,13). Queridos jóvenes: ¡Busquemos la verdad sobre Cristo, sobre su Iglesia! Pero seamos coherentes: ¡amemos la verdad, vivamos en la verdad, proclamemos la verdad! ¡Cristo, *enséñanos la verdad!* ¡Sé para nosotros *la única verdad!*

III. LA VIDA

El sentido de la vida está en el amor

3.1. Finalmente, queridos jóvenes, ¡Cristo es *la Vida!* Estoy seguro que cada uno de vosotros ama la vida, no la muerte. Queréis vivir la vida con plenitud, animados por la esperanza que brota de un proyecto de amplias miras.

Es justo que tengáis sed de vida, de vida plena. Por ello precisamente sois jóvenes. Pero, *¿en qué consiste la vida?* ¿Cuál es *el sentido de la vida* y cuál es el mejor modo de realizarlo? Hace un momento habéis cantado con entusiasmo: «*Somos peregrinos de la vida, caminantes unidos para amar*». ¿No está aquí la raíz de la respuesta que buscáis? La fe cristiana establece una *profunda ligazón entre amor y vida*. Leemos en el evangelio de Juan: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). El amor de Dios nos conduce a la vida, y este amor y esta vida se hacen realidad en *Jesucristo*. El es el amor encarnado del Padre: en él se ha manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres (Tt 3,4).

Cristo es, por tanto, queridos jóvenes, el único *interlocutor competente* al que podéis plantear los interrogantes esenciales sobre el valor y el sentido de la vida: no sólo de la vida sana y feliz, sino también de la *vida marcada por el sufrimiento*, cuando va acompañada de cualquier anomalía física o de situaciones de malestar familiar y social. Sí, Cristo es el único interlocutor competente incluso para los *interrogantes dramáticos* que pueden formularse más con gemidos que con palabras. ¡Interrogadle a El, escuchadle a El!

El os dirá que *el sentido de la vida está en el amor*. Sólo quien ~~sabe amar hasta olvidarse de sí~~ para entregarse al hermano, realiza en plenitud su propia vida y expresa al máximo el valor de su propio acontecer terreno. Es la *paradoja evangélica* de la vida que se gana perdiéndola (cfr. Jn 12,25), una paradoja que halla su propia luz en el misterio de Cristo muerto y resucitado por nosotros.

La vocación religiosa: Testimonio del Reino

3.2. Queridos jóvenes, *en la dimensión del don se presenta la perspectiva madura de una vocación humana y cristiana*. Esto es importante sobre todo para la *vocación religiosa*, en la que un hombre o una mujer, mediante la profesión de los consejos evangélicos, hace suyo el programa

que Cristo mismo realizó sobre la tierra *para el Reino de Dios*. Ellos se comprometen a dar un testimonio particular del amor de Dios por encima de todo, y recuerdan a cada uno la llamada común a la unión con Dios en la eternidad.

El mundo actual *necesita como nunca estos testimonios*, porque muy a menudo está tan ocupado en las cosas de la tierra que olvida las del cielo.

Quiero recordar aquí de modo particular a las *400 jóvenes religiosas de vida contemplativa* de España, que me han manifestado sus deseos de estar presentes en este *Encuentro*. Sé ciertamente que están muy unidas a todos nosotros a través de la oración en el silencio del Claustro. Hace siete años, muchas de ellas asistieron al encuentro que tuve con los jóvenes en el estadio Santiago Bernabéu, de Madrid. Después, respondiendo generosamente a la llamada de Cristo, le han seguido de por vida. Ahora se dedican a rezar por la Iglesia, pero sobre todo por vosotros y vosotras, jóvenes, para que sepáis responder también con generosidad a la llamada de Jesús.

Con profundo gozo me es grato presentaros también, como modelo de seguimiento a Cristo, la encomiable figura del Siervo de Dios Rafael Arnaiz Barón, muerto como oblatro trapense a los 27 años de edad, en la Abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia). De él se ha dicho justamente que vivió y murió «con un corazón alegre y con mucho amor a Dios». Fue un joven, como muchos de vosotros y de vosotras, que acogió la llamada de Cristo y le siguió con decisión.

Vocación al matrimonio: Testigos de la verdad sobre el amor

3.3. Sin embargo, jóvenes que me escucháis, la llamada de Cristo no se dirige solamente a religiosas, religiosos y sacerdotes. El llama a todos; llama también a quien, empujado por el amor, *se dirige hacia la meta del matrimonio*. Es Dios, en efecto, el que ha creado al ser humano *hombre y mujer*, introduciendo así en la historia esa singular «duplicidad», gracias a la cual el hombre y la mujer, aun en la *sustancial paridad* de derechos, se caracterizan por esa *maravillosa complementariedad* de sus atributos que refuerza su recíproca atracción. En el amor, que brota del encuentro de la masculinidad con la feminidad, *se encarna la llamada de Dios mismo*, que ha creado al hombre «a su imagen y semejanza» precisamente como «hombre y mujer». *Cristo ha hecho suya esta llamada* enriqueciéndola con nuevos aspectos en la Alianza definitiva sellada en la cruz. Pues bien, queridos míos, El pide que el amor de todo bautizado pueda manifestar su amor por la Iglesia por la que se ha sacrificado a sí mismo, para «presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5,27).

¡Queridísimos jóvenes! A cada uno de vosotros, como a aquel de vuestra edad de que habla el evangelio (cfr. Mt 19, 16-22), Cristo renueva su invitación: «¡Sígueme!» Algunas veces esta palabra significa: «Te llamo a un amor total por

mí»; pero con mucha más frecuencia, Jesús pretende decir: «Sígueme a mí, que soy el esposo de la Iglesia; aprende a amar a tu esposa, a tu esposo, como he amado yo a la Iglesia. Participa tú también de ese misterio, de ese *sacramento* del que en la *Carta a los Efesios* se dice que es «grande»: grande, precisamente, «respecto a Cristo y a la Iglesia» (*Ef 5,32*).

¡Jóvenes que me escucháis! Cristo desea enseñaros *la riqueza maravillosa del amor sponsal*. Dejad que El hable a vuestro corazón. No huyáis de él. Tiene algo importante que *deciros* para el futuro de vuestro amor. Sobre todo, con la gracia del sacramento, tiene algo decisivo que *daros* para que vuestro amor tenga en sí mismo la fuerza necesaria para superar las pruebas de la existencia.

Muchas voces existen hoy en torno a vosotros que hablan un *lenguaje distinto al de Cristo*, proponiendo modelos de comportamiento que, en nombre de una «modernidad» saturada de «complejos» y «tabúes» —como suele decirse— reducen el amor a una experiencia provisional de gratificación personal o, incluso, de mero gozo sexual. A quien sabe mirar libre de prejuicios este tipo de relaciones, no le resulta difícil atisbar, tras el oropel de las palabras, la decepcionante realidad de una postura egoísta cuyo objetivo principal es su propio interés. Al *otro* ya no se le reconoce en su dignidad de *sujeto*, sino que se le devalúa al rango de *objeto* del que se dispone con criterios inspirados, no en los *valores*, sino en los *intereses*.

El mismo *hijo*, que debería ser el fruto vivo del amor de los padres, que en él se encarna y en cierta manera se trasciende y perpetúa, termina por ser sentido como *una cosa*, con derecho a quererla o rechazarla de acuerdo con el propio y subjetivo estado de ánimo.

¿Cómo no reconocer en todo esto la marca de una *mentalidad consumista* que ha ido vaciando poco a poco el amor de ese contenido trascendente en el que manifiesta una llamada del fuego que arde en el mismo corazón de la santísima Trinidad? Es necesario reportar al valor a esta su eterna fuente si se quiere que continúe generando serenidad verdadera, alegría y vida.

A vosotros, jóvenes, corresponde ser *testigos de la verdad sobre el amor en el mundo de hoy*. Es una verdad *exigente* que a menudo contrasta con las opiniones y «slogans» corrientes. Pero es la única verdad digna de seres humanos llamados a formar parte de la familia de Dios!

IV. RESPUESTA A LA LLAMADA DE CRISTO

Llamada a una vida cristiana total

4.1. Vosotros y vosotras habéis venido a este Monte del Gozo, llenos de ilusión y confianza, dejando a un lado las insidias del mundo, para encontrar verdaderamente a Jesús, «el Camino, la Verdad y la Vida», el cual os invita a todos a *seguirlo con amor*. Es una llamada universal, que no tiene en cuenta el color de la piel, la condición social

o la edad. En esta noche, tan emotiva por su significado religioso, fraternidad y alegría juvenil, *Cristo Amigo está en medio de la Asamblea para preguntaros* personalmente si queréis seguir decididamente el camino que El os muestra, si estáis dispuestos a aceptar su Verdad, su Mensaje de Salvación, si deseáis vivir *plenamente* el ideal cristiano.

Es una decisión que debéis tomar sin miedo. Dios os ayudará, os dará su luz y su fuerza para que sepáis responder con generosidad a su llamada. Llamada a una vida cristiana *total*.

¡Responded a la llamada de Jesucristo y seguidle!

La familia: Misterio de amor

4.2. Pero, más de uno de vosotros y vosotras se estará preguntando: ¿Qué quiere Jesús de mí? ¿A qué me llama? ¿Cuál es el sentido de su llamada para mí?

Para la gran mayoría de vosotros el amor humano se presenta como una forma de autorrealización en la formación de una familia. Por eso, *en el nombre de Cristo* deseo preguntaros:

¿Estáis dispuestos a *seguir la llamada de Cristo a través del sacramento del matrimonio*, para ser procreadores de nuevas vidas, formadores de nuevos peregrinos hacia la ciudad celeste?

En la historia de la Salvación, el matrimonio cristiano es un *misterio de fe*. La familia es un *misterio de amor*, al colaborar directamente en la obra creadora de Dios. Amadísimos jóvenes, un gran sector de la sociedad no acepta las enseñanzas de Cristo y, en consecuencia, toma otros derroteros: el hedonismo, el divorcio, el aborto, el control de natalidad y los medios de contracepción. Estas formas de entender la vida están en claro contraste con la Ley de Dios y las enseñanzas de la Iglesia. Seguir fielmente a Cristo quiere decir *poner en práctica* el mensaje evangélico, que implica también la castidad, la defensa de la vida, así como la indisolubilidad del *vínculo matrimonial*, que no es un *mero contrato* que se pueda romper arbitrariamente.

Viviendo en el «permisivismo» del mundo moderno, que niega o minimiza la autenticidad de los principios cristianos, es *fácil y atrayente respirar esta mentalidad contaminada* y sucumbir al deseo pasajero. Pero, tened en cuenta que los que actúan de este modo *no siguen ni aman a Cristo*. Amar significa caminar juntos en la misma dirección hacia *Dios*, que es el *origen del amor*. En esta dimensión cristiana, *el amor es más fuerte que la muerte*, porque nos prepara a acoger la vida, a protegerla y defenderla desde el seno materno hasta la muerte. Por eso os pregunto nuevamente:

¿Estáis dispuestos y dispuestas a *salvaguardar la vida humana* con el máximo cuidado en todos los instantes, aun en los más difíciles? ¿Estáis dispuestos, como jóvenes cristianos, *a vivir y defender el amor a través del matrimonio indisoluble*, a proteger la estabilidad de la familia que favorece la educación equilibrada de los hijos, al amparo del

amor paterno y materno que se complementan mutuamente?

Este es el testimonio cristiano que se espera de la mayoría de vosotros y vosotras, jóvenes. Ser cristiano significa dar testimonio de la verdad cristiana; y hoy, particularmente, es poner en práctica el sentido auténtico que Cristo y la Iglesia dan a la vida y a la plena realización del joven y de la joven a través del matrimonio y de la familia.

Llamada a ser testigos de Cristo en el mundo

4.3. Sí, mis queridos jóvenes, Cristo os llama no solamente a caminar con El en esta peregrinación de la vida. Os envía en su lugar para que seáis mensajeros de la verdad, para ser testigos suyos en el mundo, concretamente ante los demás jóvenes como vosotros, porque muchos de ellos hoy, en todo el mundo, están buscando el camino, la verdad y la vida, pero no saben a dónde ir.

«Llegó la hora de emprender una nueva evangelización» (*Christifideles laici*, 34), y no podéis faltar a esta urgente llamada. En este lugar, dedicado a Santiago, el primer apóstol que dio testimonio de su fe con el martirio, comprometámonos a acoger el mandato de Cristo: «seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1,8).

¿Qué significa dar testimonio de Cristo? Significa, simplemente, vivir de acuerdo con el Evangelio: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Mt* 22, 37, 39).

El cristiano está llamado a servir a los hermanos y a la sociedad, a promover y apoyar la dignidad de cada ser humano, a respetar, defender y favorecer los derechos de la

persona, a ser constructor de una paz duradera y auténtica, basada en la fraternidad, en la libertad, en la justicia y en la verdad.

A pesar de las maravillosas posibilidades que la tecnología moderna ofrece a la humanidad, todavía hay mucha pobreza y miseria en el mundo. En muchas regiones de la tierra las personas viven amenazadas por la violencia, por el terrorismo y hasta por la guerra. Nuestro pensamiento se dirige, una vez más, al Líbano y a otros países del Medio Oriente, así como a todos los pueblos y zonas donde hay guerra y violencia.

Es una urgente necesidad poder contar con enviados de Cristo, con mensajeros cristianos. Y todos vosotros, jóvenes, chicos y chicas, seréis en el futuro esos enviados y mensajeros.

María: Nuevo camino para la Humanidad

4.4. La llamada de Cristo lleva por un camino que no es fácil de recorrer, porque puede llevar incluso a la Cruz. Pero no hay otro camino que lleve a la verdad y dé la vida. Sin embargo, no estamos solos en este camino. María con su *FIAT* abrió un camino nuevo a la humanidad. Ella, por su aceptación y entrega total a la misión de su Hijo, es prototipo de toda vocación cristiana. Ella caminará con nosotros, será nuestra compañera de viaje, y con su ayuda podremos seguir la vocación que Cristo nos ofrece.

Queridos jóvenes, pongámonos en camino con María: comprometámonos a seguir a Cristo, Camino, Verdad y Vida. Así seremos ardientes mensajeros de la nueva evangelización y generosos constructores de la civilización del amor.

Homilía del Papa en la Eucaristía del Monte del Gozo

Saludos

1. «Vendrán pueblos y habitantes de grandes ciudades, y los de una ciudad irán a otra, diciendo: Vayamos a implorar al Señor, a consultar al Señor de los ejércitos» (Zac 8, 20-21).

¡Saludo cordialmente a todos los presentes!

¡Habitantes de numerosas ciudades! ¡Representantes de muchos pueblos y naciones! Llegados aquí no sólo de Galicia, de España entera, de toda Europa, desde el Atlántico hasta los Urales, sino también de América del Norte y de América Latina, del Oriente Medio, de África, de Asia y de Oceanía.

Asimismo, me es grato saludar a los jóvenes que han venido de tantas comunidades parroquiales y diocesanas, de asociaciones, movimientos y grupos de la Iglesia de Dios.

Saludo a los jóvenes presentes en esta celebración eucarística y a todos vuestros coetáneos, donde quiera que se encuentren.

Os he invitado a esta peregrinación con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud del Año del Señor 1989. Os agradezco vivamente vuestra presencia.

La madre de los Zebedeos: asegurar el futuro de sus hijos

2. Este lugar está unido a la memoria del Apóstol de Jesucristo. Uno de los dos hermanos Zebedeos: Santiago, hermano de Juan. Por el Evangelio conocemos el nombre de su padre y conocemos también a su madre. Sabemos que ella intervino ante Jesús en favor de sus hijos: «que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mt 20,21).

La madre se preocupó por asegurar el futuro de sus hijos. Obsevaba todo lo que Jesús hacía; había visto el poder

divino que acompañaba a su misión. Creía ciertamente que él era el Mesías anunciado por los profetas. El Mesías que iba a restablecer el reino de Israel (cf. Act 1,6). No hay que maravillarse de la actitud de esta madre. No hay que maravillarse de una hija de Israel que amaba a su pueblo. Y amaba a sus hijos. Deseaba para ellos lo que consideraba un bien.

¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?

3. He aquí a Santiago, hijo del Zebedeo, pescador como su padre y hermano: hijo de una madre decidida. Santiago siguió a Jesús de Nazaret. Cuando el Maestro respondió a la pregunta de su madre. «¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?» (Mt 20,22). Santiago y su hermano Juan responden sin dudar: «Lo somos» (ibíd.).

Esta no es una respuesta calculada, sino llena de confianza.

Santiago no sabía aún, y en cualquier caso no lo sabía totalmente, qué significa este «cáliz». Cristo hablaba del cáliz que él mismo había de beber; el cáliz que había recibido del Padre.

Llegó el momento en que Cristo llevó a cabo lo que había anunciado antes: bebió hasta la última gota el cáliz que el Padre le había dado.

Verdaderamente, en el Gólgota Santiago no estaba con su Maestro. Tampoco estaban Pedro ni los demás Apóstoles. Junto a la Madre de Cristo permaneció únicamente Juan; solamente él.

Sin embargo, más tarde todos comprendieron—y Santiago comprendió— la verdad sobre el «cáliz». Comprendió que Cristo había de beberlo hasta la última gota. Com-

prendió que era necesario que sufriera todo eso; que sufriera la muerte de cruz...

Cristo, en efecto, el Hijo de Dios, «no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate de muchos» (Mt 20,28).

¡Cristo es el servidor de la Redención humana! Por esto: «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20,26).

Servir: Criterio nuevo y esencial

4. A través de los siglos *gente* de muchas ciudades y de muchas naciones *ha venido en peregrinación* hasta aquí; hasta el Apóstol al que Cristo había dicho: «mi cáliz lo beberás». Han peregrinado los jóvenes *para aprender* junto a la tumba del Apóstol aquella verdad evangélica: «*el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor*».

En estas palabras se encuentra *el criterio esencial de la grandeza del hombre*. Este criterio es nuevo. Así fue en tiempos de Cristo y lo sigue siendo después de dos mil años.

Este criterio es nuevo. Supone una transformación, *una renovación de los criterios con que se gobierna el mundo*. «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros» (Mt, 25-26).

El criterio con el que se gobierna el mundo es el criterio del *éxito*. Tener el poder... Tener el poder económico, para hacer ver la dependencia de los demás. *Tener el poder cultural para manipular las conciencias*.. ¡Usar... y abusar!

Tal es el «*espíritu de este mundo*».

¿Quiere esto decir quizás que el poder en sí mismo es malo? ¿Quiere esto decir que la economía —la iniciativa económica— es en sí misma mala?

¡No! De ninguna manera. *Una y otra cosa pueden ser también un modo de servir*. *Este es el espíritu de Cristo, la verdad del Evangelio*. Esta verdad y este espíritu están expresados en la Catedral de Santiago de Compostela por el Apóstol, que —según el deseo de su madre— debía ser el primero; pero —siguiendo a Cristo— se convirtió en servidor.

Ser grandes quiere decir servir

5. ¿Por qué estáis aquí vosotros, jóvenes de los años noventa y del siglo veinte? ¿No sentís acaso también *dentro de vosotros «el espíritu de este mundo»* que, en la medida de esta época, rica en medios del uso y del abuso, *lucha contra el espíritu del evangelio*?

¿No venís aquí tal vez para convencersos definitivamente de que «*ser grandes*» quiere decir «*servir*»? *Pero... ¿estáis dispuestos a beber aquel cáliz? ¿Estáis dispuestos a dejaros penetrar por el cuerpo y sangre de Cristo, para morir al hombre viejo que hay en vosotros y resucitar con El? ¿Sentís la fuerza del Señor para haceros cargo de vuestros*

sacrificios, sufrimientos y «cruces» que pesan sobre los jóvenes desorientados acerca del sentido de la vida, manipulados por el poder, desocupados, hambrientos, sumergidos en la droga y la violencia, esclavos del erotismo que se propaga por doquier...? Sabed que el yugo de Cristo es suave... Y que sólo en El tendremos el ciento por uno, aquí y ahora, y despues la vida eterna.

El Reino de Dios se realiza a través del servicio

6. ¿Por qué estáis aquí vosotros, jóvenes de los años noventa y del siglo veinte? ¿No sentís también dentro de vosotros «el espíritu de este mundo», en la medida en que esta época, rica en medios del uso y del abuso, lucha contra el espíritu del Evangelio?

¿No venís tal vez —vuelvo a decirlo— para convencersos definitivamente de que «*ser grandes*» quiere decir «*servir*»? Este «*servicio*» no es ciertamente un mero sentimiento humanitario. Ni la comunidad de los discípulos de Cristo es una agencia de voluntariado y de ayuda social. Un servicio de esta índole quedaría reducido al horizonte del «*espíritu de este mundo*». ¡No! Se trata de mucho más. La radicalidad, la calidad y el destino del «*servicio*» al que todos somos llamados se encuadra en el misterio de la Redención del hombre. Porque hemos sido creados, hemos sido llamados, hemos sido destinados, ante todo y sobre todo, a servir a Dios, a imagen y semejanza de Cristo que, como Señor de todo lo creado, centro del cosmos y de la historia, manifestó su realeza mediante la obediencia hasta la muerte, habiendo sido glorificado en la Resurrección (cf. *Lumen gentium*, 36). El reino de Dios se realiza a través de este «*servicio*», que es plenitud y medida de todo servicio humano. No actúa con el criterio de los hombres mediante el poder, la fuerza y el dinero. Nos pide a cada uno de nosotros la total disponibilidad en seguir a Cristo, el cual «no vino a ser servido, sino a servir».

Os invito, queridos amigos, a descubrir vuestra vocación real para colaborar en la difusión de este Reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz. Si de veras deseáis servir a vuestros hermanos, dejad que Cristo reine en vuestros corazones, que os ayude a discernir y crecer en el dominio de vosotros mismos, que os fortalezca en las virtudes, que os llene sobre todo de su caridad, que os lleve por el camino que conduce a la «*condición del hombre perfecto*». ¡No tengáis miedo a ser santos! Esta es la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. *Gal 5,1*). No como la prometen con ilusión y engaño los poderes de este mundo: una autonomía total, una ruptura de toda pertenencia en cuanto creaturas e hijos, una afirmación de autosuficiencia, que nos deja indefensos ante nuestros límites y debilidades, solos en la cárcel de nuestro egoísmo, esclavos del «*espíritu de este mundo*», condenados a la «*servidumbre de la corrupción*» (*Rom 8,21*).

Por esto, pido al Señor que os ayude a crecer en esta «*libertad real*», como criterio basilar e iluminador de juicio

y de elección en la vida. Esa misma libertad orientará vuestro comportamiento moral en la verdad y en la caridad. Os ayudará a descubrir el amor auténtico, no deteriorado por un permisivismo alienante y deletéreo. Os hará personas abiertas a una eventual llamada a la donación total en el sacerdocio o en la vida consagrada. Os hará crecer en humanidad mediante el estudio y el trabajo. Animará vuestras obras de solidaridad y vuestro servicio a los necesitados en el cuerpo y en el alma. Os convertirá en «señores» para servir mejor y no ser «esclavos», víctimas y seguidores de los modelos dominantes en las actitudes y formas de comportamiento.

El cristiano, hombre para los demás

7. Servir: *ser hombre para los demás.*

Esta es también la verdad, que el Apóstol Pablo enseña de modo muy elocuente, en la segunda lectura de la liturgia de este día.

«No os estiméis en más de lo que conviene, *sino estimaos moderadamente, según la medida de la fe que Dios otorgó a cada uno*» (Rom 12,3).

Y el Apóstol añade:

«los dones que poseemos son *diferentes*» (Rom 12,6).

¡Sí!, es necesario conocer bien qué dones te ha concedido Dios en Cristo. Es menester *conocer bien el don* recibido, *para saber darlo a los demás*. Para contribuir al bien común.

¡Sí! Es necesario saber bien qué dones te ha concedido Dios en Cristo. Es necesario conocer bien el don recibido *en la propia experiencia de vida familiar y parroquial, en la participación asociativa, en el florecimiento carismático de los movimientos*, para saber darlo a los demás. Para *ser testigos de Cristo en el barrio y en la escuela, en la universidad y en la fábrica, en los lugares de trabajo y de diversión...* Para contribuir al bien común, *como servidores de experiencias de crecimiento en humanidad, de dignidad y solidaridad, en las que los jóvenes sean auténticos protagonistas de formas de vida más humanas.*

Programa de vida de los jóvenes

8. Así enseña el Apóstol. Y lo que dice no es una mera enseñanza, sino una ferviente llamada.

«*Que vuestra caridad no sea una farsa: aborreced lo malo y apeaos a lo bueno; como buenos hermanos, sed cariñosos unos con los otros, estimando a los demás más que a uno mismo. En la actividad, no seáis descuidados; en el*

espíritu, manteneos ardientes. Servid constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres: estad firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración, contribuid en las necesidades del Pueblo de Dios; practicad la hospitalidad» (Rom 12, 9-13).

¿No lo dice tal vez particularmente a vosotros? ¿A los jóvenes? ¿Vuestro ser jóvenes no es *sensible precisamente a este programa de vida y de comportamiento? ¿A este mundo de los valores? ¿No se abre hacia este mundo? Y si, por casualidad, siente las resistencias que vienen de dentro, o bien de fuera, ¿no está vuestro ser jóvenes dispuestos a luchar precisamente por semejante «forma» de vida?*

Esa forma ha sido dada a la vida humana por Cristo. El sabe lo que hay dentro del hombre (cf. Jn 2,25).

«Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (*Gaudium et spes*, 22).

¡Queridos jóvenes dejaos prender por El! Sólo Cristo es el camino, la verdad y la vida como, en la admirable síntesis evangélica, proclama el lema de nuestra Jornada Mundial!

Cristo: Referencia de la vocación del hombre

9. Habéis venido en peregrinación hasta aquí, a la tumba del Apóstol, el cual puede *confirmar de primera mano, por así decirlo, la verdad sobre la vocación del hombre*, cuyo punto de referencia es Cristo.

Venís para *encontrar vuestra propia vocación.*

Os acercáis al altar para ofrecer, con el pan y el vino, vuestra juventud, *la búsqueda* de la verdad, así como lo bueno y bello que hay en vosotros.

Toda esta *inquietud* creativa.

Todos los sufrimientos de vuestros corazones jóvenes.

10. Estando en medio de vosotros, quiero decir con el Salmista: He aquí que «la tierra ha dado su cosecha» (Sal 66/67), el fruto más precioso: el hombre, la juventud humana.

Resplandezca ante vosotros *el rostro de Dios*, que se refleja en el rostro humano del Cristo, Redentor del hombre. «Alégrense y exulten las gentes» (Sal 67/66,5).

Que vuestros coetáneos, al contemplar vuestra peregrinación, puedan exclamar: «Queremos ir con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros» (Zac 8, 23).

Esto os desea el Papa, el Obispo de Roma, que ha participado con vosotros en esta peregrinación a *Santiago de Compostela.*

Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes y las jóvenes del mundo con ocasión de la V Jornada Mundial de la Juventud, 1990

«Yo soy la vid; vosotros los sarmientos»

(Jn 15, 5)

Queridísimos jóvenes:

1. De nuevo estoy con vosotros para anunciaros la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Mientras os escribo estas palabras todavía tengo en la memoria el recuerdo de la anterior, que culminó con el inolvidable encuentro de Santiago de Compostela, en España, a donde fui en peregrinación con muchos de vosotros. Ciertamente ha sido un acontecimiento eclesial muy importante, un excepcional testimonio de fe protagonizado por miles de jóvenes provenientes de todos los continentes, un momento intenso de evangelización. En Santiago, una vez más la Iglesia ha mostrado al mundo su rostro joven, lleno de alegría, de esperanza y de entusiasmo en la fe. El acontecimiento de Santiago ha sido un gran don para toda la Iglesia, me atrevería a decir que para toda la sociedad; del que siempre daré gracias al Señor.

El tema de la última Jornada, como recordaréis, estaba centrado en Cristo. Este año propongo reflexionar *sobre el tema de la Iglesia*. No se trata de una elección casual. Entre Cristo y su Iglesia existe un vínculo orgánico muy estrecho y profundo. Cristo vive en la Iglesia, la Iglesia es el misterio de Cristo que vive y actúa entre nosotros. Así lo expresa San Pablo: «Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria» (Col. 1, 27), «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12, 27).

Con ocasión de esta V Jornada Mundial de la Juventud, deseo invitaros a todos a *un redescubrimiento de la Iglesia y de vuestra misión en ella, como jóvenes*.

La Iglesia de Cristo es una realidad atractiva y maravillosa. Es antigua, porque tiene casi dos mil años, pero al

mismo tiempo, gracias al Espíritu Santo que le anima, *es eternamente joven*. La Iglesia es joven porque su mensaje de salvación es siempre actual. Es por esto que existe un diálogo muy importante entre la Iglesia y los jóvenes: «La Iglesia tiene tantas cosas que decir a los jóvenes, y los jóvenes tienen tantas cosas que decir a la Iglesia. Este recíproco diálogo, —que se ha de llevar a cabo con gran cordialidad, claridad y valentía—... será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia...», he escrito en la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* (n. 46). Quisiera que la V Jornada contribuyese a acrecentar este diálogo a todos los niveles de la vida eclesial y en la existencia de cada uno de vosotros.

2. En la Biblia, entre la numerosas imágenes que expresan el misterio de la Iglesia, encontramos la *imagen de la viña* (cfr. Jer 2, 21; Is 5, 1-7). La Iglesia es la viña plantada por el Señor, una viña que goza de su especial amor.

En el Evangelio de Juan, Cristo nos explica el fundamento de la vida de esta viña cuando dice: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos» (Jn 15,5). Exactamente son estas palabras que he elegido como tema de la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Por eso os digo: ¡Jóvenes, sois sarmientos vivos en la Iglesia, sois sarmientos cargados de frutos!

Ser sarmientos vivos en la Iglesia-viña significa principalmente, *estar en comunión vital con Cristo-vid*. Los sarmientos no son autosuficientes, dependen totalmente de la vid. En ella se encuentra la fuente de su vida. Del mismo modo, en el Bautismo, cada uno de nosotros ha sido injertado en Cristo y ha recibido gratuitamente el don de la vida nueva. Para ser sarmientos vivos tenéis que vivir esta realidad de vuestro Bautismo, profundizando cada día más

vuestra comunión con el Señor mediante la escucha y obediencia de su Palabra, participando en la Eucaristía y en el sacramento de la Reconciliación y en el diálogo personal con El en la oración. Jesús dice: «El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5).

Ser sarmientos vivos en la Iglesia-viña también significa *asumir un compromiso en la comunidad eclesial y en la sociedad*. Nos los explica con mucha claridad el Concilio Vaticano II: «Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que se comportan de forma meramente pasiva, sino que todos participan en la actividad vital del cuerpo, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, 'todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros' (Ef 4, 16)» (*Apostolicam Actuositatem*, 2). Todos según nuestra vocaciones particulares, participamos de la misión de Cristo y de su Iglesia. La comunión eclesial es una comunión misionera.

La Iglesia necesita muchos trabajadores. En esta V Jornada Mundial el mismo Cristo se dirige a vosotros, jóvenes, y os invita: «Id también vosotros a mi viña» (Mt 20, 4).

La Iglesia es una comunión orgánica, en la que *cada uno tiene su propio puesto y su propia tarea*. También los tenéis vosotros, jóvenes. Y es un puesto muy importante. La Iglesia, que en el umbral del año dos mil se siente llamada por el Señor a hacer cada vez más intenso el esfuerzo evangelizador, necesita especialmente de vosotros, de vuestro dinamismo, de vuestra autenticidad, de vuestro apasionado deseo de crecer, de la frescura de vuestra fe. Poned al servicio de la Iglesia vuestros jóvenes talentos sin reservas, con la generosidad propia de vuestra edad. Ocupad vuestro puesto en la Iglesia, que no es sólo el de ser destinatarios de la solicitud pastoral, sino el de ser protagonistas activos de su misión (cfr. *Christifideles Laici*, 46). ¡La Iglesia es vuestra, es más, vosotros mismos sois la Iglesia!

Por su parte, *la Iglesia tiene mucho que ofrecer, jóvenes*. Hoy presenciamos un fenómeno muy significativo. Después de un período de rechazo y alejamiento de la Iglesia, ahora muchos jóvenes la están descubriendo como guía segura y fiel, como lugar indispensable para la comunión con Dios y con los hermanos, como ámbito de crecimiento espiritual y de compromiso. Es un signo muy elocuente. Muchos de vosotros ya no se contentan con pertenecer a la Iglesia de un modo meramente formal. Buscan algo más.

Un lugar privilegiado de descubrimiento de la Iglesia y del compromiso eclesial son las *asociaciones, los movimientos y las distintas comunidades eclesiales juveniles*. No en vano hablamos hoy de una «nueva época asociativa» en la Iglesia (cfr. *Christifideles Laici*, 29). Esta es una gran riqueza y un don precioso del Espíritu Santo que acogemos con gratitud.

«Id también vosotros a mi viña (Mt 20, 4). La Iglesia-viña también necesita trabajadores especiales, que la sirvan de forma específica, con radicalidad evangélica, con-

sagrándoles toda la vida. Se trata de las *vocaciones sacerdotales y religiosas*, y también de las vocaciones de los *laicos consagrados en el mundo*. Estoy seguro de que muchos de vosotros, meditando el misterio de la Iglesia, sentirán en lo más profundo del alma la llamada de Cristo: «Ven tu también a mi viña...» Si oís esta voz dirigida personalmente a vosotros, no dudéis en responder «sí» al Señor. No tengáis miedo, porque servir a Cristo y a su Iglesia con radicalidad es una vocación maravillosa y un gran don. Cristo os ayudará.

Es éste, a grandes líneas, el tema sustancial de la próxima Jornada Mundial, jornada de redescubrimiento de la Iglesia.

3. La Jornada Mundial de la Juventud 1990 se celebrará el Domingo de Ramos en cada una de vuestras diócesis.

Tenéis que descubrir la *Iglesia diocesana*. La Iglesia no es una realidad abstracta y desencarnada; al contrario, es una realidad muy concreta: una Iglesia diocesana reunida alrededor del Obispo, sucesor de los Apóstoles. También tenéis que redescubrir la *Iglesia parroquial*, su vida, necesidades, las numerosas comunidades que existen y colaboran en ella. A esta Iglesia llevaréis la alegría y el impulso que encontráis en los grandes encuentros mundiales como el de Santiago y en las reuniones de los movimientos y asociaciones de los que formáis parte. Vosotros, jóvenes, tenéis que ser sarmientos vivos de esta Iglesia concreta, es decir, tenéis que participar de su misión con plena conciencia y responsabilidad. Acoged esta Iglesia con toda su riqueza espiritual, acogedla en la persona de vuestro Obispo, de los Sacerdotes, de los Religiosos y de los hermanos en la fe; acogedla con fe y con amor de hijos.

Como véis, la Jornada Mundial no es sólo una fiesta, también es un compromiso espiritual serio. Para que produzca frutos es necesario un camino de preparación bajo la dirección de vuestros pastores en las diócesis, en las parroquias, asociaciones, movimientos y en las comunidades eclesiales juveniles. Tratad de conocer mejor la Iglesia, su naturaleza, su historia —ya de dos mil años— y su presente. Tratad de descubrir vuestro lugar en la Iglesia y vuestra misión como jóvenes.

En este camino espiritual os podrá ayudar mi Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* (1988), que precisamente he dedicado a la meditación de la vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. Invito a vuestros pastores a que os ayuden a profundizar mejor el mensaje.

Confío el proceso de preparación espiritual y la celebración de la próxima Jornada Mundial de la Juventud 1990 a la intercesión particular de María. Que Ella, a quien veneramos como Madre de la Iglesia, sea Maestra y Guía en este renovado compromiso eclesial.

A todos os envío con afecto mi Bendición.

Vaticano, 26 noviembre de 1989,
solemnidad de N. S. Jesucristo Rey del Universo.